

ENTRE LA AUTOCOMPLACENCIA Y LA CRISIS: DISCURSOS DE CHILENIDAD EN EL PRIMER CENTENARIO

Antonio Sáez-Arance

Universität zu Köln

En Chile, como en México, septiembre es “el mes de la Patria”. Los medios de comunicación y los grandes centros comerciales se preocupan cada año de recordarlo en un insistente frenesí publicitario no siempre correspondido por la ciudadanía en la forma deseada. Desde principios de mes, banderas y escarapelas con los “colores patrios”, blanco, azul y rojo, van decorando poco a poco calles, automóviles, oficinas y casas, mientras se planifican asados para los días feriados y la cueca, el “baile nacional”, se convierte en tema de conversación. Aun así, el septiembre chileno crea sensaciones y suscita opiniones encontradas. Una peculiar mixtura de confianzas y miedos colectivos conforma una cultura festiva compleja e históricamente ambivalente. No tanto, desde luego, por el motivo oficial de la fiesta, la constitución de la primera Junta de Gobierno en el Cabildo Abierto de Santiago, el 18 de septiembre de 1810,¹ sino mucho más por el

¹ Sobre el trasfondo histórico, combinando una síntesis de la información disponible con el tratamiento crítico de la historiografía, JOCELYN-

recuerdo de acontecimientos más recientes, como el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.² Si bien los casi tradicionales disturbios durante el *Once* han disminuido en intensidad y capacidad destructiva desde hace algunos años y son hoy más que nada un fenómeno residual de violencia urbana, homologable a los enfrentamientos entre *hooligans* y policías en cualquier capital europea, el golpe sigue siendo el principal motivo de polarización política en el Chile del inminente bicentenario.³ Tanto más fascinante resulta para el observador foráneo la facilidad con la que en la esfera pública se transita en cuestión de pocos días del más agrio debate partidista sobre la interpretación del pasado reciente a un edulcorado consenso patriótico, recurrentemente aderezado con disquisiciones periodísticas sobre “la esencia de nuestro ser nacional” y lamentos sobre el menguante entusiasmo identitario de las generaciones más jóvenes.⁴

HOLT, *La independencia*. La independencia de Chile se declaró en forma oficial el 12 de febrero de 1818, y este día, junto al de la victoria sobre las tropas realistas en Maipú, el 5 de abril del mismo año, y el propio 18 de septiembre se celebraron indistintamente como fiestas patrias durante las primeras décadas de la República. En 1837 se decidió reunir todas las fiestas cívicas en un solo día y se eligió para ello el 18 de septiembre, que era, de todos los posibles, el que menos relación tenía con la independencia en sentido estricto. Excelente resumen del proceso en PERALTA, *¡Chile tiene fiesta!*, pp. 47-85.

² Una reconstrucción sistemática de los avatares conmemorativos en relación con esta “nueva fiesta nacional” en JOIGNANT, *Un día distinto*, especialmente pp. 31-49 y *passim*. Para el contexto general de la discusión sobre la memoria del golpe y sus implicaciones sigue siendo útil LECHNER y GÜELL, “Construcción social”.

³ Imprescindible sobre la polarización política en Chile es HUNEEUS, *Chile, un país dividido*, especialmente pp. 21-57.

⁴ Por ejemplo, *El Mercurio* (14 sep. 2009), p. A8: “En este mes donde las empanadas y la cueca son protagonistas, consultamos a historiadores y

Por lo demás, esta convivencia de lo festivo con lo crítico no es nueva. El que lo parezca es sobre todo consecuencia de la frecuente renuncia a abordar, desde el debate público, la cuestión de la historicidad de los rituales, símbolos y celebraciones oficiales y su interrelación con la cultura política.⁵ 1910 es un buen ejemplo de ello. Del mismo modo que el gran proyecto jubilar del “Bicentenario 2010” avanza hoy condicionado por la evolución de la actual crisis económico-financiera y por la incertidumbre sobre la continuidad del ciclo de gobiernos de centro-izquierda inaugurado en 1989, el primer Centenario de la independencia coincidió también con una coyuntura sociopolítica especialmente grave. No habían pasado ni siquiera tres años desde la masacre de la Escuela Santa María en Iquique, el episodio más sangriento de represión del movimiento obrero en la historia chilena, y la dinámica constitucional surgida de la llamada “Revolución de 1891” (el llamado “régimen parlamentario”) mostraba ya claros signos de agotamien-

sociólogos sobre la esencia de nuestro ser nacional”. Los antecedentes históricos de este tipo de discursos identitarios en Chile y Argentina son objeto de un proyecto colectivo de investigación que, financiado por la Deutsche Forschungsgemeinschaft, estamos realizando en la Universidad de Colonia: *Integration, Exklusion, Exzeption: Nationalidentitätsdiskurse und gesellschaftliches Selbstverständnis in Chile und Argentinien (1780-1950)*.

⁵ Al respecto es posible comprobar también en la historiografía chilena cierto desfase respecto a otros países latinoamericanos, compensado con creces por la cantidad y calidad de los trabajos más recientes: PERALTA, *¡Chile tiene fiesta!*; SILVA, *Identidad y nación*; sobre la historia del himno nacional, PEDEMONTE, *Los acordes de la Patria*; sobre los ceremoniales patrióticos en el ámbito escolar, ROJAS FLORES, *Moral y prácticas cívicas*. Una importante aportación metodológica en el tratamiento de la época colonial es VALENZUELA MÁRQUEZ, *Las liturgias del poder*.

to.⁶ En este contexto, 1910 fue un año de debacles presentidas y lutos imprevistos. Había comenzado con el cometa Halley surcando los cielos del país, lo que despertó curiosidad pero también malos augurios.⁷ Y, en efecto, al programa de actividades elaborado por las autoridades para conmemorar los primeros pasos en el camino de la emancipación se acabarían uniendo dos duelos nacionales en una concatenación excepcional de hechos luctuosos. El presidente Pedro Montt Montt, un político liberal en el que se habían depositado ciertas expectativas de regeneración de la vida política, falleció el 16 de agosto en la ciudad hanseática de Bremen, de camino a Berlín, a donde había viajado, con permiso del Congreso, a fin de ser tratado de sus múltiples problemas de salud. Su sustituto, el vicepresidente

⁶ La masacre se produjo el 21 de diciembre de 1907 al abrir fuego indiscriminadamente el ejército contra varios cientos de trabajadores del salitre que participaban en una protesta obrera, los cuales se habían concentrado en la Escuela Santa María de la ciudad de Iquique. Al respecto, en el contexto de una general puesta en cuestión de la idílica “gran narración” de la estabilidad sociopolítica chilena antes de 1973, más detalles en PORTALES, *Los mitos de la democracia chilena*, pp. 187-196. La propia denominación de los sucesos de 1890-1891 como “Revolución” no deja de ser un interesado eufemismo impuesto por (una parte de) la élite protagonista. En realidad, cabe hablar más bien de una guerra civil en toda regla, que ocasionó alrededor de 10 000 muertos, entre otros el presidente de la República, José Manuel Balmaceda. Un resumen de la discusión en SAN FRANCISCO, “Historiografía y nuevas perspectivas”; PORTALES, *Los mitos de la democracia chilena*, pp. 99-127.

⁷ BAEZA, “Chile en 1910”, especialmente pp. 35-58; buen resumen de la historia del Centenario, incluyendo la problemática historiográfica, en CORREA, FIGUEROA, JOCELYN-HOLT, ROLLE y VICUÑA, *Historia del siglo XX chileno*, pp. 42-49; más detallado en REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, especialmente pp. 11-51 y *passim*, y, sobre todo, SILVA, *Identidad y nación*, pp. 71-145.

te Elías Fernández Albano, sólo pudo ejercer durante dos semanas, porque murió repentinamente el 6 de septiembre, poco después de haber presidido las honras fúnebres de Montt y recibido a alguna de las delegaciones internacionales que se aprestaban a participar en los fastos del Centenario, cuya inauguración oficial estaba prevista para el 12 de septiembre. Los invitados de Italia, Estados Unidos, Japón y Alemania se vieron pues abocados a iniciar su visita asistiendo a funerales de Estado en lugar de a desfiles o banquetes. El vacío institucional creado por esta situación sin precedentes se resolvió de forma rápida y ordenada con la asunción interina de la presidencia por Emiliano Figueroa, ministro de Justicia e Instrucción, y con la designación consensuada de Ramón Barros Luco como futuro presidente de la República. El hecho de que la sucesión se completara en circunstancias tan extraordinariamente aciagas sin mayores sobresaltos llenó de orgullo a la clase dirigente y suscitó encendidos elogios entre sus pares extranjeros desplazados a Santiago para la ocasión. Se confirmaba así el lugar común de la excepcionalidad de Chile como oasis de solvencia cívica en el inestable concierto de las naciones latinoamericanas.⁸

⁸ Véanse REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 325-326; CORREA, FIGUEROA, JOCELYN-HOLT, ROLLE y VICUÑA, *Historia del siglo XX chileno*, p. 43, a partir del testimonio de Carlos Morla Lynch, quien como joven funcionario diplomático participó en la organización de los funerales de Montt y acabó valorando los sucesos de septiembre de 1910 como especialmente brillantes y espectaculares: “La transmisión del mando se ha efectuado, pues, por tercera vez en un año, en un ambiente apacible de cordialidad y orden [...] He aquí la prueba más elocuente de civilización y de solidez orgánica que podía ofrecer la República al mundo en esta fecha gloriosa”. MORLA LYNCH, *El año del centenario*,

La inusual sucesión de tres jefes de Estado (cuatro si se incluye a Barros Luco) en poco más de tres semanas y su resolución institucional, aparentemente satisfactoria, bien podrían venir a confirmar este autocomplaciente juicio oficial, que hundía sus raíces en las primeras décadas de la historia republicana.⁹ De hecho, y superado el trance de los funerales y de la designación de sucesor, el esperado *Dieciocho* llegó por fin: bailes, misas, inauguraciones de monumentos, representaciones de ópera, carreras de caballos, calles limpias y adornadas; éste fue el aspecto exterior y superficial del Centenario. ¿Pero fueron percibidos estos sucesos por la sociedad chilena de modo tan unánime y homogéneo? ¿Participaron todos de la fiesta? En realidad, la interpretación se torna bastante más difícil si se abandona por un momento el discurso oficial de las instancias gubernativas y la prensa de la capital. Ciertamente no fueron tantos los realmente afectados por este extraño trasiego del funeral al *cock-tail*, y viceversa. Aquellos que lloraban a Montt o a Fernández Albano seguían teniendo, a la altura de septiembre de 1910, mucho que celebrar, mientras el grueso de la población chilena permanecía en buena parte ajeno a los acontecimientos y, en todo caso, excluido de sus posibles beneficios. Lo que desde dentro y fuera del país se presentaba como madurez ciudadana y amor por el orden público

p. 221 y *passim*). Buen ejemplo de la popularidad de esta imagen a nivel continental es el testimonio del delegado uruguayo en las celebraciones, el ensayista y político José Enrique Rodó, quien, elogiando el conjunto de la trayectoria chilena desde 1810, subrayaba cómo "... en América, en medio de las turbulencias de nuestro aprendizaje de la libertad [...] el ejemplo que primero acudía a nuestra mente era Chile". RODÓ, *El Centenario de Chile*, p. 30.

⁹ JOCELYN-HOLT, "¿Un proyecto nacional exitoso?"

bien pudiera haber sido consecuencia del simple desinterés, en un régimen oligárquico-parlamentario en el que los presidentes tenían poder limitado y la mayoría de la sociedad estaba muy débilmente identificada con el sistema político.

El Centenario chileno reflejó fielmente las estructuras socioeconómicas y la cultura política sobre las que se asentaba la nación celebrante. En un país todavía rural, las festividades se concentraron sobre todo en Santiago (con algún ejemplo menor en Valparaíso y Concepción), y sus grandes protagonistas fueron sin duda los miembros de la clase dirigente.¹⁰ Las masas populares, pese a la existencia de un amplio y documentado abanico de fiestas paralelas,¹¹ no jugaron ningún papel en el programa oficial, limitada su función a hacer de comparsas en las ceremonias urbanas diseñadas por la élite. Este monopolio prácticamente total de la celebración por parte de los representantes de la oligarquía encubría, sin embargo, una realidad social mucho más compleja. Los mecanismos de exclusión característicos de la sociedad chilena durante la llamada República Parlamentaria no se limitaban a la episódica aplicación de violencia física contra las clases populares, sino que se basaban mucho más (y más eficazmente) en prácticas culturales compartidas, en un “modo de ser” que dotaba al grupo de identidad y lo blindaba frente al exterior.¹² La población chilena del

¹⁰ REYES DEL VILLAR, *Centenario de Chile (1910)*. Sobre las celebraciones en provincias, REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 308-314.

¹¹ REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 302-307.

¹² BARROS y VERGARA, *El modo de ser aristocrático*; STABILI, *El sentimiento aristocrático*; PORTALES, *Los mitos de la democracia chilena*, pp. 273-286. Tratamiento fundamental del tema en FERNÁNDEZ DARRAZ, *Estado y sociedad en Chile*, pp. 27-66.

Centenario se encontraba clarísimamente fracturada. Mientras la clase dirigente, partiendo de situaciones de privilegio generadas en buena parte durante la colonia,¹³ había podido desarrollar una notable conciencia de grupo, llegándose a autoidentificar como “la sociedad”, el resto de los chilenos, dispersos en fundos, oficinas salitreras y suburbios, seguían siendo preferidos en el discurso oficial y subsumidos en categorías como “pueblo”, “turbamulta”, “multitudes”, “muchedumbre”, etc.¹⁴ Por esta misma época se popularizó la expresión de los “dos Chiles”,¹⁵ refiriéndose a la distancia existente entre la nación real, por una parte, y el minúsculo círculo dirigente, por otra. El resultado de la guerra civil de 1891 no había sido sólo el triunfo de la oligarquía frente a un Estado que, en términos generales, siempre había estado bajo su control, sino, además, la cementación de determinado modelo de prácticas políticas basadas en la negociación y el compromiso dentro de un grupo dominante de contornos externos perfectamente claros.

En lo tocante a las convenciones culturales, los hábitos de consumo y la sociabilidad, la élite chilena mostraba una impronta transnacional que la hacía no muy diferente de

¹³ Este hecho, así como la gran consistencia y estabilidad de la élite chilena desde la conquista, lleva a la utilización frecuente del término “aristocracia” para aludir a ella, por mucho que la mayoría de sus miembros no tuvieran antecedentes nobiliarios en sentido estricto.

¹⁴ Hasta el punto de poder documentarse esta distinción incluso en comunicaciones oficiales del presidente de la República, como en el saludo de Pedro Montt a su homólogo argentino Sáenz Peña “[...] a nombre del gobierno, la sociedad y el pueblo chileno”, reveladoramente contestado sólo “[...] a nombre del gobierno y el pueblo argentino”, citado en FERNÁNDEZ DARRAZ, *Estado y sociedad en Chile*, p. 30.

¹⁵ VICUÑA URRUTIA, *La belle époque*, p. 23.

otras en América Latina. El cosmopolitismo que cultivaba (que, para ser justos, era sobre todo emulación de modelos casi exclusivamente franceses) se justificaba desde su perspectiva en función de la necesidad de “civilizar” a un país que en cierto modo seguían considerando bárbaro.¹⁶ Con independencia de cuál fuera su opción en las disputas intraoligárquicas, los poderosos de Chile tendían a adoptar e imitar prácticas y rituales culturales europeos, puesto que sólo ellos, en su opinión, eran compatibles con la autoimagen altamente virtuosa del grupo, y sólo ellos, consecuentemente, eran acreedores de consideración como parte de la “cultura chilena”. En este sentido, el Centenario, lo mismo que el proyecto del pabellón chileno en la Exposición Universal de París, diez años antes, han de ser vistos como actos de genuina “representación”, en los que se ponía de manifiesto qué era lo que los chilenos socialmente relevantes entendían por “su” cultura. La respuesta, tanto en 1900 como en 1910, estuvo muy clara: sólo aquello asumible por la élite dirigente.¹⁷ De hecho, durante el Centenario ésta se celebró básicamente a sí misma mediante la escenificación

¹⁶ No está de más recordar que Domingo Faustino Sarmiento, el político y escritor argentino que acuñó en 1851 la fórmula “Civilización y barbarie” como subtítulo a su *Facundo*, también tuvo una intensa relación intelectual con Chile, donde estuvo exiliado durante el gobierno de Rosas, y que las percepciones recíprocas, a uno y a otro lado de la cordillera, jugaron un papel decisivo en la elaboración de los respectivos discursos identitarios durante el siglo XIX: JOCELYN-HOLT, “¿Un proyecto nacional exitoso?”, pp. 423-426.

¹⁷ Barr-Melej refiere la discusión generada por la aportación chilena a la Exposición Universal de 1900 en BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, p. 43, cuando el periódico santiaguino *El Porvenir* organizó una verdadera campaña para impedir que un grupo de “salvajes” mapuches pudiera ser “expuesto” en París en el marco de la representación oficial de Chile.

de un relato que identificaba los logros de la joven nación con los de sus propias familias y la gesta emancipadora con el heroísmo de sus antepasados. El buen funcionamiento de los mecanismos de exclusión antes descritos permite relativizar en este punto los límites teóricamente existentes entre lo público y lo privado. Los bailes y las recepciones organizadas en las mansiones principales de la capital contrastan sólo aparentemente, por tanto, con los actos más concurridos en sus calles y plazas, como las paradas militares y las recreaciones “históricas” de los movimientos del Ejército Libertador, en los que el pueblo llano seguía careciendo de cualquier protagonismo, pero expresaba supuestamente entusiasmo por algo que en verdad no le era propio.

En Santiago, la celebración del Centenario coincidió con cambios sustanciales en la fisonomía de la ciudad y, sobre todo, en los aspectos más prácticos de la vida urbana. Precisamente en las innovaciones y mejoras técnicas se materializaba el proceso de modernización nacional impulsado por la clase dirigente. Ciertamente, durante el mes de septiembre de 1910 se pusieron varias primeras piedras de monumentos que nunca llegarían a ser construidos,¹⁸ pero también se aceleraron o terminaron obras de pavimentación, alcantarillado y, sobre todo, transporte y alumbrado públicos, cuyo objetivo declarado no era otro que acabar de convertir a la capital chilena en “el París de América”.¹⁹

¹⁸ REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 314-315.

¹⁹ Ésta había sido la fórmula elegida por Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) para caracterizar su ideal urbanístico. Vicuña, polifacético intelectual y político liberal que ejerció como intendente de Santiago entre 1872 y 1875, pensaba lograr su objetivo extirpando el vicio, mejorando las condiciones de vida de las clases populares y embelleciendo

Planificadas y ejecutadas en buena parte por técnicos y empresas del extranjero, las obras reflejaban el ímpetu europeizante de una oligarquía enriquecida por la exportación del salitre, para la que el refinamiento y la elegancia del resultado final eran al menos igual de importantes que su coste y su no siempre garantizada funcionalidad real. La Estación Mapocho, el Parque Forestal, el Palacio de Bellas Artes o el Instituto de Ingenieros son algunas de las edificaciones más relevantes levantadas para la celebración centenaria. Común a todas ellas es el ansia de “presentarse” hacia el exterior, siendo la principal preocupación de autoridades y prensa que ni la improvisación ni la escasez de medios con las que se afrontaba alguno de los proyectos acabara comprometiendo el prestigio nacional. Especialmente frente a las otras repúblicas iberoamericanas, y muy concretamente a Argentina, el celo figurador de los chilenos adoptó formas casi grotescas. Después de que el presidente Montt hubiera asistido, acompañado por una delegación de políticos y periodistas, a las celebraciones del Centenario argentino en mayo de 1910, se hizo constante la referencia a éstas como el listón a superar en septiembre. El diario *El Mercurio* llegó al extremo de solicitar al gobierno que exigiera a un medio extranjero como *Le Figaro* que diera a las fiestas chilenas el mismo trato que a las argentinas, que habían merecido un

el espacio público de la capital. Entre sus principales realizaciones destaca la remodelación del cerro Santa Lucía, considerada por sus críticos en aquel entonces como innecesario “lujo”, pero valorada hasta el día de hoy como relevante aportación al paisaje santiaguino. Al respecto, VICUÑA URRUTIA, *El París americano*. Sobre la biografía de esta figura decisiva del XIX chileno véase ahora, del propio VICUÑA URRUTIA, *Un juez en los infiernos*.

suplemento especial. Chile tenía que estar a la altura de los vecinos, y, desde luego, para los responsables lo estuvo, hasta el punto que en sede parlamentaria se subrayó que “[...] el pueblo de la Argentina puede estar satisfecho de nuestro entusiasmo que raya en el desbordamiento”, sin reparar al parecer en el hecho de que el Centenario a celebrar era el de Chile, y no el de Argentina.²⁰

En las celebraciones organizadas desde el poder, la presencia de delegaciones extranjeras se revelaba fundamental como compulsión indirecta de la preeminencia de la oligarquía y la vigencia pretendidamente universal de sus prácticas sociales.²¹ La naturaleza representativa de los actos del programa oficial se tradujo también en una verdadera obsesión protocolaria, desplegada en innumerables banquetes, todos ellos a base de selectos menús franceses.²² El Centenario se convirtió en una suerte de “marca” con la que promocionar y vender todo tipo de productos, desde relojes hasta chocolates, pasando por lámparas, perfumes y sombreros. La asociación ideal con el evento proporcionaba un prurito de exclusividad, con el aliciente de que el énfasis en el origen extranjero de la mercancía se podía compatibilizar paradójicamente con una grosera apelación al nacionalismo del consumidor: “¡No puede ser chileno! Quien no fume los exquisitos cigarrillos Centenario”.²³ Simultáneamente, la

²⁰ REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, p. 269; *El Ferrocarril*, Santiago (13 sep. 1910), citado en SILVA, *Identidad y Nación*, p. 88.

²¹ BARROS y VERGARA, *El modo de ser aristocrático*.

²² Múltiples referencias a los mismos en *El Diario Ilustrado*, Santiago (15-20 sep. 1910).

²³ *El Sur*, Concepción (9 sep. 1910), citado en SILVA, *Identidad y nación*, p. 89.

exaltación máxima de la “chilenidad” se lograba publicitando cava Cordon Rouge, Goute Americain, Crème Simon o corsés de la firma Pouget, por mencionar sólo algunos de los anuncios de prensa en aquellos días.²⁴ Y la centralidad del consumo en el universo mental de los sectores sociales implicados queda demostrada por el hecho de que fuera precisamente la apertura en Santiago de unos lujosos grandes almacenes, Gath y Chaves, lo que, desde la perspectiva del principal cronista del Centenario, haya quedado como hecho más memorable de aquellos días.²⁵

Esta acusada disociación de la realidad social chilena es característica del Centenario. La celebración se escenificaba en dos planos completamente diversos: en uno de ellos, la oligarquía, que se tenía a sí misma por único actor, por público y, en parte, como veremos, también por crítica. En el otro, el pueblo, que disfrutaba de sus festejos tradicionales de septiembre sin remitirse necesariamente al primer siglo de la independencia chilena.²⁶ Los unos acudían al *garden party*, al *lunch*, al hipódromo y al torneo de esgrima. Los otros, tanto en la capital como en las provincias, se entretenían con carreras de carretillas y juegos a caballo, y consumían en las chinganas o fondas chicha, buñuelos y empanadas, en lugar de finos licores y sofisticados patés de

²⁴ REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 282-283.

²⁵ EDWARDS BELLO, *Crónicas del Centenario*, p. 73. Sobre el particular, SILVA, *Identidad y Nación*, pp. 84 ss. y BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, p. 44.

²⁶ Los antecedentes también en PERALTA, *¡Chile tiene fiesta!*, pp. 148-169. Sobre las prácticas culturales de la oligarquía, véase en general BARROS y VERGARA, *El modo de ser aristocrático*, especialmente pp. 31-60 sobre el ocio.

ave. El Centenario constituye en este sentido todo un símbolo de fallida integración nacional, sin que se busquen apenas, y aún menos se creen, puntos de contacto entre ambas esferas. Las celebraciones no desarrollaron el potencial de horizontalidad e integración que se les hubiera podido suponer, especialmente si se comparan las actividades efectivamente llevadas a cabo con el discurso oficial al respecto. La identidad colectiva —la chilenidad— a la que se recurre desde el poder político se localiza inequívocamente en la oligarquía, en cuya preponderancia se expresa la continuidad de la nación. Muy ilustrativo al respecto es el montaje de una Exposición Histórica que otorgaba un lugar importante a la dominación colonial en tanto que elemento subsistente (y positivamente connotado) en el “carácter nacional” chileno.²⁷ El déficit de integración en el Centenario se constata tanto en el plano de los contenidos como en el de las formas y los rituales festivos. En primer lugar, para la mayoría de la población no existía conciencia clara de los acontecimientos y procesos históricos a los que se refería la celebración. En segundo, la sobrecarga de exhibicionismo presuntamente cosmopolita durante los fastos, amén de suponer un tremendo despilfarro de fondos públicos, ni siquiera se tradujo en una popularización efectiva de la imaginaria patria. El mejor ejemplo de ello fue el controvertido sistema de iluminación instalado en Santiago: “La iluminación del Centenario cuesta al país 1.600.000 pesos, y a pesar de esta enorme cantidad [...] tiene sus deficiencias. Los adornos de los arcos de instalación no llevan el símbo-

²⁷ Sobre la Exposición Histórica, REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 298-299.

lo de la Patria, la estrella de Chile, sino el sol de Mayo”.²⁸ Momentos de verdadera segregación se produjeron igualmente en un asunto tan sensible como el acceso material a los símbolos, considerando los precios prohibitivos de los mismos: “la bandera 12 a 15 pesos, y un mástil 8 a 10 pesos. Para gastar en patriotismo, es mucho”.²⁹

Esta “agonía de los espacios de cohesión nacional” es paralela al estallido de la llamada “cuestión social”.³⁰ En torno al Centenario, en el que cristaliza la percepción de la élite como clase eminentemente ociosa, el tema de la desigualdad y sus consecuencias dejará de ser externalizado o reducido a pequeños círculos críticos para pasar a considerarse resultante de un proceso mucho más amplio de modernización al que se impone reaccionar desde el poder político. A la postre, el hecho de que en 1910 la oligarquía buscara su legitimidad fundamentalmente en las miradas del extranjero es ya síntoma evidente del colapso del orden imperante. Es en este sentido en el que el Centenario, indirecta, y en todo caso involuntariamente, inaugura una fase decisiva en el debate discursivo de la nación, abriendo nuevas perspectivas de crítica y de redefinición de la misma. La otra cara de la moneda del Centenario oficial era el “Chile real” de los trabajadores hacinados en los conventillos de las grandes ciudades, la altísima mortalidad infantil, el alcoholismo y la prostitución extendidos; un mundo

²⁸ *El Ferrocarril*, Santiago (9 sep. 1910), citado en SILVA, *Identidad y nación*, p. 101.

²⁹ *El Sur*, Concepción (11 sep. 1910), citado en SILVA, *Identidad y nación*, p. 102.

³⁰ Recogemos en este punto la terminología de SILVA, *Identidad y nación*, pp. 86-97.

ciertamente distinto del atractivo de la moda y los espectáculos capitalinos, pero no por ello físicamente alejado de ellos. La modernización que se celebraba, impulsada por la élite, había generado disfunciones y socavado estructuras, pero también, sobre todo, había creado espacios para nuevos actores sociales y culturales que van a comparecer con fuerza en la coyuntura crítica de 1910.

La celebración del Centenario propició el cuestionamiento del estado de cosas en sociedad y política, un estado de cosas que se caracterizaba en general como de declive y estancamiento. Un grupo heterogéneo de escritores y periodistas se dedicaron antes, durante y después de las celebraciones a denunciar lo que sucedía.³¹ La primera contribución crítica que había conseguido cierto impacto en la opinión pública tenía ya casi diez años, y había sido el discurso pronunciado en el Ateneo de Santiago el 1º de agosto de 1900 por el senador radical Enrique Mac-Iver (1844-1922) acerca de “La crisis moral de la República”.³² Ya en el título quedaba claro qué tipo de diagnóstico se ofrecía: la principal causa de los males de la patria era la falta de virtudes públicas de la clase dirigente, su frivolidad y el uso irresponsable de sus riquezas. Mac-Iver fue el iniciador de un movimiento de introspección nacional, la llamada Generación del Centenario, al que se añadirán durante la primera década del siglo otros intelectuales como Alberto Edwards Vives (1874-1932), Luis Emilio Recabarren (1876-1924), Alejandro Venegas (1870-1922), Nicolás Palacios (1858-

³¹ GAZMURI, *El Chile del Centenario*.

³² Publicado como apéndice en REYES DEL VILLAR, *Chile en 1910*, pp. 339-350.

1931), Francisco Antonio Encina (1874-1965) y Tancredo Pinochet LeBrun (1879-1957). Estos “testigos” o “escritores de la crisis” no estaban vinculados ni por una ideología ni —al menos en sentido estricto— por una adscripción social uniforme. Algunos pertenecían a la oligarquía, otros a las clases medias emergentes. Predominaban entre ellos los nacionalistas, como Edwards, Palacios o Pinochet, pero también los había radical-demócratas como el propio MacIver o socialistas como Recabarren. Lo que los unía era la imputación explícita de los grandes problemas del país a su élite dirigente. La literatura de la época, en especial la novela naturalista, ya había ayudado a extender una imagen bastante desoladora de este grupo social, descrito como presa de las más irracionales pasiones y a la vez siempre en pos de intereses puramente egoístas.³³ Y no en vano la hipocresía de los más pudientes era uno de los elementos centrales de la crisis moral que se denunciaba. Con todo, las críticas más acerbas se derivaban de la pura experiencia personal. Por ejemplo, Nicolás Palacios, médico de profesión, había entrado en contacto directo con la “cuestión social” durante sus muchos años de actividad profesional en las regiones salitreras del norte de Chile. Alejandro Venegas, firmando como Dr. J. Valdés Cange, reflejó en su *Sinceridad. Chile íntimo en 1910* vivencias que había ido reuniendo a lo largo de todo el territorio nacional. Recabarren, familiarizado con las condiciones de vida del proletariado, publicaba

³³ El ejemplo más conocido es la novela *Casa Grande*, publicada en 1908 por Luis Orrego Luco, y que formaba parte de un proyecto literario mucho mayor: *Escenas de la vida en Chile*. En el momento de su aparición, *Casa Grande* fue leída por el “tout Santiago” de la época como obra en clave, lo que ocasionó graves problemas a su autor.

el mismo año su *Balance del siglo. Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*, en el que demostraba con descarnada claridad lo endeble de un proyecto nacional fundamentado en la desigualdad social.³⁴ El tono apocalíptico de alguno de los textos, así como los ocasionales desvaríos racistas que lo acompañaban, especialmente en el caso de Palacios,³⁵ desencadenaron una viva discusión pública que, independientemente de los aspectos concretos sometidos a debate, se resolvió en clave claramente nacionalista.³⁶

El nacionalismo, a partir del Centenario, se convirtió en un movimiento de considerable impacto y persistente influencia, que infiltró a la práctica totalidad del espectro

³⁴ Sobre Recabarren véase el trabajo ya clásico de JOBET, *Luis Emilio Recabarren*; contextualización en la dinámica social de las primeras décadas del siglo XX en VALDIVIA y PINTO, *¿Revolución proletaria o querida chusma?*

³⁵ Desde su *Raza chilena*, publicado en 1904, y en sucesivas conferencias dictadas en los años inmediatamente anteriores al Centenario, Palacios había venido sosteniendo la teoría de la crisis e inminente extinción de la “raza chilena”, debida sobre todo a la predisposición del gobierno a favorecer todo lo extranjero sobre lo nacional. Partiendo de sus premisas de nacionalista organicista, Palacios reclamaba una fuerte reacción popular a fin de prevenir la consiguientemente inevitable desaparición de Chile como nación. Pese a la abstrusa mezcolanza de xenofobia, nativismo y determinismo social que informa su libro, sí resulta necesario advertir que Palacios fue uno de los primeros autores en poner abiertamente en cuestión la reducción de la chilenidad a los criterios eurocéntricos y excluyentes de la clase dirigente. BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 57-62.

³⁶ En la aplicación del término “nacionalista” a los discursos identitarios desarrollados por la historiografía y la publicidad chilenas por esta época nos hemos servido de la caracterización de John Breuilly en “Nationalism and historians”, pp. 10-20. Véase también en general para América Latina MILLER, “The historiography of nationalism and national identity”.

ideológico chileno.³⁷ Retomando el conocido argumento de la excepcionalidad, los autores nacionalistas redefinirán ésta, pasando a considerarla pretérita, perdida y por tanto digna de recuperación. Como en todo buen discurso regeneracionista,³⁸ subyacía a sus planteamientos la noción de que el país se había salido de la exitosa vía de progreso y modernización iniciada con la independencia y la creación del Estado nacional, una edad dorada que, desde su perspectiva, se había caracterizado por el rigor, la austeridad y la renuncia a acomodarse automáticamente a modelos políticos y sociales provenientes del exterior. Reiniciar ese camino implicaba además retomar el axioma ilustrado y protoliberal, según el cual la educación es la principal fuente de progreso, tanto individual como colectivo. La Reforma Educativa se convirtió por consiguiente en uno de los caballos de batalla de esta Generación del Centenario.³⁹ Y al igual que en la andadura inicial de la República se había discutido sobre la idoneidad de unos o otros referentes europeos para la organización del sistema educativo nacional (en una primera etapa predominaron claramente los franceses; después, en el último cuarto del siglo XIX, los alemanes), el tema central fue ahora la adecuación de este sistema a las necesidades económicas reales del país. Así, el fomento de la “educación práctica”, que recogía en parte influencias del mundo anglosajón, especialmente de Estados

³⁷ BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 51-76 y *passim*.

³⁸ Venegas, por ejemplo, seguía cifrando sus esperanzas en la regeneración de la clase dirigente, y es significativo que eligiera un envoltorio epistolar para sus denuncias, dirigiéndose directamente a los presidentes Montt, primero, y Barros Luco, después.

³⁹ BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 171-210.

Unidos,⁴⁰ pero conectaba también con las visiones nacional-organicistas de Palacios, era una de las principales reivindicaciones de Tancredo Pinochet LeBrun en *La conquista de Chile en el siglo XX*, publicado en 1909.⁴¹ Pinochet LeBrun no descalificaba la influencia europea en su conjunto, pero sí criticaba duramente a la oligarquía por su actitud irresponsable y acrítica frente a la misma. El progreso civilizatorio debía pasar en Chile por una apertura selectiva a las innovaciones provenientes del exterior y por el abandono de una deriva ciegamente consumista en el plano cultural, tal y como él la percibía en las clases altas, y sería ciertamente evidenciado con motivo del Centenario. Pinochet LeBrun reivindicaba una política económica proteccionista y de intervencionismo estatal, pero también, sobre todo, el fomento de una formación técnica y utilitaria, anclada en las posibilidades y los requerimientos de la propia tierra, que debía ser la llave de los chilenos para entrar en la competencia mundial por la supremacía económica. El mismo motivo inspiró al historiador y publicista Francisco Antonio Encina al publicar, en 1911, su famoso tratado *Nuestra inferioridad económica*, en el que protestaba por la existencia de una educación claramente disfuncional respecto a las necesidades de la vida moderna.⁴² El contrapunto de este razonamiento regeneracionista era su incardinación en un discurso angustiado por la decadencia de la “raza chilena”, que en

⁴⁰ Sobre el proceso de estadounidense de la sociedad chilena y las resistencias generadas frente a él véase RINKE, *Begegnungen*.

⁴¹ PINOCHET LEBRUN, *La conquista de Chile*. También BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 62-64.

⁴² ENCINA, *Nuestra inferioridad*; BARR-MELEJ, *Reforming Chile*, pp. 66-72.

el caso concreto de Encina, más aún que en el de Nicolás Palacios, desarrollaba dimensiones clasistas, al atribuir a las clases bajas, tanto rurales como urbanas, taras psicológicas y morales como la incapacidad de trabajar metódicamente, la debilidad de su espíritu cooperativo, la tendencia innata a la holgazanería y la pérdida de tiempo, etc. El que Chile hubiera tenido que ceder a sus vecinos la posición de liderazgo antaño ostentada se debía, según Encina, a la no compensación de estas taras por parte del inadecuado sistema educativo.

A la hora del balance, llama la atención que, aparte de los no demasiado numerosos vestigios materiales, el principal legado de 1910 fue la articulación política y cultural de nuevos grupos sociales, que encontraron en la radicalización del discurso identitario de la chilenidad una posible solución a los males del país. De hecho, si algo quedó del Centenario fueron organizaciones de nuevo cuño como el Partido Nacionalista y la Federación de Estudiantes,⁴³ que encarnaban el tránsito de la sociedad tradicional a una más moderna, crecientemente urbanizada y con un protagonismo cada vez mayor de las clases medias y el movimiento obrero. Cosa distinta es si la relectura de lo nacional por parte de sus representantes más cualificados aportó realmente algo a la superación de las brechas sociales que los fastos del Centenario habían puesto tan claramente de manifiesto. En lo tocante a las prácticas conmemorativas y la cultura festiva, el resultado fue una interesante paradoja: el desarrollo de discursos identitarios pretendidamente inclusivos, como el del criollismo chileno, aparejado al ascenso de las clases

⁴³ MORAGA VALLE, “*Muchachos casi silvestres*”.

medias, se tradujo solamente en una “popularización” de los rituales, con la incorporación de elementos rurales como la cueca o la iconografía del huaso como elementos dominantes del XVIII, pero no, en absoluto, en una redefinición de conjunto de la fiesta nacional en el sentido de una mayor participación ciudadana.⁴⁴

La labor de los regeneracionistas chilenos contribuyó sin duda a introducir un espíritu crítico hasta entonces escaso en el discurso oficial. Su ensimismamiento nacionalista, por otra parte, se constituyó en barrera para la resolución práctica de cuestiones que hoy, a las puertas del Bicentenario, siguen estando pendientes. 200 años después de la independencia, los discursos sobre la identidad nacional se han transformado y se caracterizan hoy por la problematización de la participación democrática, el carácter multicultural del Estado chileno (piénsese en la actualidad de la cuestión mapuche) y el papel de Chile en el proceso de globalización.⁴⁵ Pero los problemas centrales de la República siguen siendo sorprendentemente similares a los de entonces. El debate sobre la discriminación, segregación y exclusión de amplios colectivos sociales y étnicos que ha acompañado a Chile durante dos siglos, debería centrar las perspectivas del Bicentenario mucho mejor que la simple demanda de “más chilenidad” y, sobre todo, que la instru-

⁴⁴ Muy al contrario, Mario Sznajder alude al potencial de desmovilización social que gobiernos autoritarios, especialmente el del régimen militar de 1973-1989, reconocieron en este proceso de ruralización de la cultura festiva. Véase SZNAJDER, “Who is a Chilean? The Mapuche, the huaso and the roto”, p. 206.

⁴⁵ Por ejemplo, LARRAÍN, *Identidad chilena*; MONTECINO, *Revisitando Chile*.

mentalización del discurso histórico a modo de “surtidor” de identidad nacional en tiempos de crisis.⁴⁶ La principal enseñanza del Centenario para el Bicentenario podría ser por tanto la necesidad de una convivencia sincera del discurso de la élite con los símbolos del pueblo, y ello, a ser posible, no sólo en el “mes de la Patria”.

REFERENCIAS

AA.VV.

El Chile que viene: de dónde venimos, dónde estamos y a dónde vamos, Santiago, CEP, Universidad Diego Portales, 2009.

BAEZA, Andrés

“Chile en 1910. El centenario de la muerte”, en AA.VV., *XX. Historias del siglo veinte chileno*, Santiago, Vergara, Grupo Z, 2008, pp. 19-80.

BARR-MELEJ, Patrick

Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.

BARROS, Luis y Ximena VERGARA

El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900, Santiago, Ariadna, 2007.

⁴⁶ Dentro de la amplísima discusión sobre el tema, un ejemplo de reivindicación de la identidad nacional como factor de modernización es TIRONI, *El sueño chileno*, pp. 287-312. Una aproximación mucho más crítica y diferenciada, con énfasis en el carácter plural de las identidades, en BENGOA, *La comunidad reclamada*, especialmente pp. 55 ss. Para las grandes líneas del debate más actual AA.VV., *El Chile que viene*.

BENGOA, José

La comunidad reclamada. Utopías, mitos e identidad en el Chile actual, Santiago, Catalonia, 2006.

BREUILLY, John

“Nationalism and historians: some reflections. The formation of national(ist) historiographical discourse”, en NORTON, 2007, pp. 1-25.

COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.)

Relatos de la nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico, Madrid, Vervuert, 2005.

CORREA, Sofía, CONSUELO FIGUEROA, Alfredo JOCELYN-HOLT, Claudio ROLLE y Manuel VICUÑA

Historia del siglo XX chileno: balance paradójico, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001.

EDWARDS BELLO, Joaquín

Crónicas del Centenario, Santiago, Zig-Zag, 1968.

ENCINA, Francisco Antonio

Nuestra inferioridad económica, Santiago, Universitaria, 1972.

FERNÁNDEZ, Enrique

Estado y sociedad en Chile, 1891-1931, Santiago, Lom Ediciones, 2003.

FERNÁNDEZ DARRAZ, Enrique

Estado y sociedad en Chile, 1891-1931. El Estado excluyente, la lógica oligárquica y la formación de la sociedad, Santiago, Lom Ediciones, 2003.

GAZMURI, Cristián

El Chile del Centenario. Los ensayistas de la crisis, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001.

HUNEEUS, Carlos

Chile, un país dividido. La actualidad del pasado, Santiago, Catalonia, 2003.

JOBET, Julio César

Luis Emilio Recabarren. Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1955.

JOCELYN-HOLT, Alfredo

La Independencia de Chile: tradición, modernización y mito, Madrid, Mapfre, 1992.

“¿Un proyecto nacional exitoso? La supuesta excepcionalidad chilena”, en COLOM GONZÁLEZ, 2005, vol. 1, pp. 417-438.

JOIGNANT, Alfredo

Un día distinto. Memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre en Chile 1974-2006, Santiago, Universitaria, 2007.

LARRAÍN, Jorge

Identidad chilena, Santiago, Lom Ediciones, 2001.

LECHNER, Norbert y Pedro GÜELL

“Construcción social de las memorias en la transición chilena”, en MENÉNDEZ-CARRIÓN y JOIGNANT, 1999, pp. 185-210.

MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo y Alfredo JOIGNANT (eds.)

La Caja de Pandora: el retorno de la transición chilena, Santiago, Planeta, Ariel, 1999.

MILLER, Nicola

“The historiography of nationalism and national identity in Latin America”, en *Nations and Nationalism*, 12:2 (2006), pp. 201-222.

MONTECINO, Sonia

Revisitando Chile: identidades, mitos e historias, Santiago, Publicaciones del Bicentenario, 2003.

MORAGA VALLE, Fabio

“*Muchachos casi silvestres*”. *La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 2007.

MORLA LYNCH, Carlos

El año del centenario. Páginas íntimas de mis memorias, Santiago, Minerva, 1921.

NORTON, Claire

Nationalism, Historiography and the (Re)Construction of the Past, Washington, New Academia, 2007.

PEDEMONTE, Rafael

Los acordes de la Patria. Música y Nación en el siglo XIX chileno, Santiago, Globo Editores, 2008.

PERALTA C., Paulina

¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837), Santiago, Lom Ediciones, 2007.

PINOCHET LE BRUN, Tancredo

La conquista de Chile en el siglo XX, Santiago, La Ilustración, 1909.

PORTALES, Felipe

Los mitos de la democracia chilena. Desde la Conquista hasta 1925, Santiago, Catalonia, 2004.

RECABARREN, Luis Emilio

“Balance del siglo. Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana”, en Luis Emilio RECABARREN, *Obras escogidas*, vol. 1, Santiago, Recabarren, 1965, pp. 57ss.

REYES DEL VILLAR, Soledad

Chile en 1910. Una mirada cultural en su Centenario, Santiago, Sudamericana, 2004.

Centenario de Chile (1910): relato de una fiesta, Santiago, Globo Editores, 2007.

RINKE, Stefan

Begegnungen mit dem Yankee: Nordamerikanisierung und soziokultureller Wandel in Chile (1898-1990), Colonia, Böhlau, 2004, «Lateinamerikanische Forschungen, 32».

RODÓ, José Enrique

El Centenario de Chile, Montevideo, Ediciones de la Universidad de la República, 1960.

ROJAS FLORES, Jorge

Moral y prácticas cívicas en los niños chilenos, 1880-1950, Santiago, Ariadna Ediciones, 2004.

RONIGER, Luis y Mario SZNAJDER (eds.)

Constructing Collective Identities and Shaping Public Spheres, Sussex, Academic Press, 1998.

SAN FRANCISCO, Alejandro

“Historiografía y nuevas perspectivas de estudio sobre la guerra civil chilena de 1891”, en *Bicentenario*, 5:1 (2006), pp. 85-125.

SILVA A., Bárbara

Identidad y Nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario, Santiago, Lom Ediciones, 2008.

STABILI, María Rosario

El sentimiento aristocrático. Élités chilenas frente al espejo (1860-1960), Santiago, Andrés Bello, 2003.

SZNAJDER, Mario

“Who is a Chilean? The Mapuche, the huaso and the roto as the basic symbols of Chilean collective identity”, en RONIGER y SZNAJDER, 1998, pp. 199-216.

TIRONI, Eugenio

El sueño chileno. Comunidad, familia y nación en el Bicentenario, Santiago, Taurus, 2005.

VALDÉS CANGE, Julio

Sinceridad. Chile íntimo en 1910, Santiago, Cesoc, 1998.

VALDIVIA, Verónica y Julio PINTO

¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alexandristismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932), Santiago, Lom Ediciones, 2001.

VALENZUELA MÁRQUEZ, Jaime

Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709), Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Lom Ediciones, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001.

VICUÑA URRUTIA, Manuel

El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX, Santiago, Universidad Finis Tέρrea, Museo Histórico Nacional, 1996.

La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo, Santiago, Sudamericana, 2001.

Un juez en los infiernos. Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, Universidad Diego Portales, 2009.